

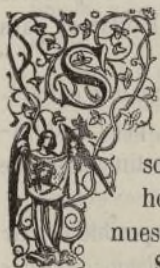
EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D. Diego de Rivera.—*Las Bibliotecas*, por D.^a Angela Grassi.—*Maria* (Balada), por D. A. F. Grilo.—*La cuna vacía* (poesía), por D. José Selgas.—*La Hermosura del alma* (continuación), por doña Micaela de Silva.—*A mi hija Matilde* (poesía), por D.^a Emilia Mijares de Real.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—*LÁMINAS: Figurin*, núm. 823.—*Grabado de Labores*.

REVISTA DE MADRID.



I el hombre poseyera un aparato material que produjera la fotografía moral instantánea de la sociedad, como lo posee para reproducir la fisonomía de las movibles olas del mar, hoy nos serviríamos de él en obsequio de nuestras distinguidas lectoras.

Sorprenderíamos en un determinado momento lo que pasa á nuestro alrededor, en las esferas propias de la competencia de este semanario, y podríamos trazar una minuciosa y fidedigna revista matritense.

Privados de tan poderoso elemento, habremos de contentarnos con el auxilio que nos presten una flaca memoria y una mirada poco perspicaz.

No es menester sin embargo mucha perspicacia (y aquí hacemos ya de observadores) para echar de ver el fenómeno más notable que en la corte acaece.

Este es que *todos se van*.

Decimos *todos*, pero nos referimos únicamente á los que pueden, á los herederos de la fortuna: los desheredados total ó parcialmente; los atados al yugo de una vida que tiene rumbo cierto prefijado; esos tenemos que soportar el calor, el cansancio, el abatimiento de esta existencia cortesana de hoy.

Y no deja de incitar el ejemplo.

Por todas partes damas elegantemente vestidas de viaje; numerosos equipajes coronando los omnibus; coches apresurados que van á las estaciones; cuartos desalquilados que no encuentran demanda; cafés solitarios á que sólo asisten algunas personas refrac-

tarias, por tradición ó por fuerza, á la idea de toda excursión.

Está visto que cada año se aumenta mas la enfermedad veraniega de los viajes.

También de ella estamos atacados, pero somos nuevo Tántalo ó nuevo Prometeo, ó cualquier otro señor por el estilo á quien le salieran las cosas muy contra su gusto.

¡Y no poder ir á un peñón solitario, á la orilla del mar, donde viéramos cielo y agua y espacio y luz, donde no oyéramos mas que el ruido de las brisas, el canto de los pájaros acuáticos, el murmullo de las olas!

El que aquí ha querido distraerse de semejantes ideas ha tratado de sacar partido de los recursos escasos que hoy ofrece Madrid en su soledad. «¿Barbieri da conciertos?» se ha preguntado á sí mismo; y hallando en un gran cartel de la esquina una afirmativa respuesta, se ha apresurado á tomar billete.

No con mala fortuna por cierto.

Aunque *el jardín de Apolo* dejaría mucho que desear á la poética deidad si se diera un paseo desde el Olimpo á la tierra; aunque la temperatura se ha alterado algunas noches de modo oportuno para echar de menos el gaban; la verdad es que las sesiones musicales dadas hasta hoy han estado brillantes. En ellas se ha recreado numerosa y selecta concurrencia. En ellas el arte ha dado un gran paso tributando justa veneración á la memoria de insignes autores clásicos, á cuya cabeza figura Beethoven, el Miguel Angel de la música.

Aquellos cien profesores, dirigidos por el maestro Barbieri, han revelado un mismo pensamiento: la perfección artística. Afinación, ritmo, claro-oscuro, sentimiento; todo esto ha sido realizado por fortuna.

El Sr. Barbieri no puede estar descontento, ni como artista ni como empresario.

El Sr. Barbieri ha reunido con el encanto de su batuta los restos dispersos de la buena sociedad madrileña, que al reconocerse y contarse en no escaso número ha podido esclamar entre ruidosas palmas: *Aun hay patria, aun hay Madrid.*

Otros han buscado espectáculos mas tremendos, y se han contentado con la representación del *bombardeo del Callao* encomendada á la pirotécnica.

El propio *Jardin de Apolo* y el del *Tivoli*, se encargaron á competencia de satisfacer el gusto de los aficionados á luces de bengala, voladores, morteros y truenos. De seguro nada de esto ha faltado, sostenido por una parte decorativa correspondiente, que pretendia representar fragatas y torres blindadas. El éxito de la batalla ígnea ha sido bastante agradable, pues dió ocasion á consumir un rato divertido.

Aunque no hubiera sido más que por querer honrar la memoria de nuestros heroicos marinos del Pacífico, esta función de pasatiempo habria siempre merecido el asentimiento del público. ¡Ojalá hubiésemos visto el verdadero bombardeo!

En el círculo que podria llamarse bolsa teatral, comienzan á hacerse algunas operaciones, unas al contado, otras para el próximo año. Veamos qué pasa, ó qué parece debe pasar mañana en los coliseos de la coronada villa. Recojamos y compendiamos noticias.

Comenzando por la ZARZUELA, nos encontramos con que para el 25 del mes actual deben dar principio las representaciones de obras dramáticas italianas, por una compañía que trae y dirige el celebrado trágico Rossi, el cual trabaja en la actualidad en el *Prado catalán*. No dejaremos de asistir.

Después se reformará completamente el teatro. Techo, embocadura, butacas, papel, dorado, etc., todo esto será nuevo.

Así restaurado y embellecido, ofrecerá al público dos meses de ópera francesa.

Llegará Diciembre, y á la ópera francesa sucederá la zarzuela española por todo lo que reste de año cómico.

Las reformas llegan también á NOVEDADES. El gran anfiteatro del centro ha desaparecido ó desaparecerá, convirtiéndose la forma del coliseo á la ordinaria de los demás, con la ventaja de aumentar cabida para trescientas personas. También habrá en él butacas y lunetas á distintos precios.

El Sr. Córcoles, actor ya conocido en Madrid, aunque hoy retirado de las tablas, es el empresario que tiene á su cargo el teatro de que hablamos para la próxima temporada.

De buena gana seguiríamos examinando el PRÍNCIPE, el CIRCO, VARIEDADES y el REAL, pero la mirada es débil para penetrar hoy en las tinieblas que los rodean.

Tal vez dentro de breves días sea posible contar ó pronosticar algo de lo que á los mismos coliseos concierna.—Entonces llenaremos con gusto el vacío que hoy queda en la reseña que aquí termina.

DIEGO DE RIVERA.

INSTRUCCION.

LAS BIBLIOTECAS.

A pesar de los difíciles procedimientos empleados por los antiguos para transcribir y multiplicar sus obras, no dejaban de existir muchas y muy buenas bibliotecas, y en los primitivos tiempos fueron célebres las de los Egipcios y Caldeos.

Según Diodoro de Sicilia, el primero que fundó una biblioteca fué Osyamandias, sucesor de Proteo, y contemporáneo de Priamo, último rey de Troya.

La biblioteca de Alejandría constaba de 700,000 volúmenes. Ésta y la de Constantinopla fueron destruidas por el

furor de la guerra la una, y por el fanatismo religioso la otra.

La irrupción de los habitantes del Norte de Europa, como un espumoso y destructor torrente, se llevó entre sus oleadas los gérmenes de civilización que acababan apenas de caer en los abiertos surcos; pero los conventos, como el Arca Sacrosanta, guardaron las reliquias del saber antiguo, salvándolas de las aguas embravecidas del bárbaro Diluvio, y justo es rendir un homenaje de gratitud á aquellos solitarios, que defendieron con sus propias vidas los conocimientos humanos, próximos á extinguirse y á desaparecer para siempre en el caos confuso de la nada.

Los monjes de la edad media, y en particular los sábios

Benedictinos, tienen derecho á nuestra admiración y á nuestras bendiciones, pues las controversias que trabajaban entonces á la naciente Iglesia, hicieron que, uniéndose en ellos el ardor religioso al amor de la ciencia, pudiesen vencer toda clase de obstáculos y agitar la bandera triunfante del progreso.

En Constantinopla, en las islas del Mar Egeo, en el Asia Menor, en la Calabria y en Nápoles, donde quiera que se alzaba un convento, allí los infatigables copistas trabajaban noche y día, no solo para transcribir las leyendas cristianas, sino también las obras maestras de los antiguos poetas.

Cuando cesó la lucha religiosa, quedó el gusto á la literatura, y la transcripción de los buenos libros ocupó los ocios de muchos altos personajes. Alfredo el Grande, después de haber ganado cincuenta batallas, tuvo aun tiempo para copiar algunos manuscritos. Luis IX, á su vuelta de Egipto, hizo transcribir las mejores obras que existían en los monasterios, para formar colecciones y facilitar su lectura á los hombres estudiosos.

Los gramáticos mas consumados se dedicaron entonces á este arte muy noble y lucrativo, pues los Reyes y los Príncipes rivalizaban entre sí para darles protección y estímulo, y los monjes sacrificaban sumas inmensas con tal de reunir en su *Scriptorium*, á los mas hábiles y primorosos.

Eran tan apreciadas en aquel tiempo las buenas obras, y conservadas con tal esmero, que tanto en los conventos, como en los palacios de los grandes, se registraban los títulos de los manuscritos que formaban la biblioteca, juntamente con los de las casas y heredades de sus dominios.

Igual era en efecto su valor, pues las obras clásicas se vendían á muy alto precio, como lo prueban los dos hechos siguientes, escogidos de entre mil que nos conserva la historia.

El maestro del Petrarca, para pagar sus deudas, que eran muchas, empeñó dos pequeños volúmenes de Cicerón, y el Obispo de Vence legó á los canónigos de San Víctor de Marsella toda su biblioteca, á excepcion de un Breviario, con cuyo importe sus herederos compraron muchas y buenas tierras.

Durante el siglo XIV, en Exford, Cambridge y Londres, había mas de 6,000 escribientes ocupados en copiar, y pasaban de 10,000 los establecidos en París y Orleans. De todas partes acudían los amanuenses librerías para hacerse agregar á las Universidades, y era inmensa la venta de sus obras, atendida la lentitud de sus procedimientos, pues se consideró como un prodigio de trabajo el haber hecho la copia de una biblioteca en cinco meses.

Pero si crecía el número de los copistas, crecía de una manera asombrosa el de los lectores. La fiebre del saber se había comunicado rápidamente á todas las inteligencias, y era una verdadera sed de instrucción la que abrasaba todos los corazones.

Cuando las necesidades de los pueblos se hacen imperiosas, surgen repentinamente los grandes génios, mandados por la Providencia para satisfacerlos. ¡En 1442 apareció Guttemberg, mostrando al asombrado mundo su invento prodigioso!

Los afanados copistas tuvieron que deponer sus plumas,

y las prensas, gimiendo noche y día, arrojaron á la ávida multitud millares de obras escogidas.

Parece, no obstante, que el arte de fijar las letras sobre el papel, por medio de la imprenta, era conocido en la China, en el Japon y en la Tartaria. Tres siglos después de la era cristiana, estos pueblos imprimían sus libros con caracteres fijos, y en el siglo X con caracteres movibles.

En cuanto á los europeos, hacia mucho tiempo que ponían las manos sobre el secreto, sin acertar á adivinarlo.

San Jerónimo, en el siglo IV de la Iglesia, habla de unas letras movibles de madera y de marfil, que servían para la enseñanza de los niños. De estos caracteres á la imprenta no había mas que un solo paso, y la humanidad tardó mil años en darlo. ¡Tan grande era el milagro que debía producirse, tan resplandeciente el foco de luz que debía iluminar el Universo!

Ya en 1423 circulaba una estampa de San Cristóbal, con dos líneas de texto alemán, grabadas en madera, y los holandeses pretenden que Jansson de Harlem, en 1430, había impreso sobre madera algunas hojas sueltas.

Sea como se quiera, á Guttemberg se debe todo el honor de este invento y su propagación asombrosa, pues ya en 1500 se contaron mas de doscientas imprentas en Europa.

En el día no hay ningún país que carezca de ellas, pues hasta los cherokees de la América imprimen los libros necesarios para sus escuelas, y los hotentotes tienen en su capital Farliver, prensas para la publicación de un periódico.

Sea que este arte peregrino haya tenido origen en China, en Asia, en Strasburgo ó en Maguncia, de todos modos, Guttemberg es la gran figura, en derredor de la cual se agrupan los personajes de los diversos países, que quizás le sugirieron su idea. Guttemberg no es un hombre; ¡es la personificación del progreso, es el símbolo de un grande acontecimiento, que ha franqueado el paso á la civilización, que desde entonces marcha triunfante por la tierra!

¡Es verdad, que como el árbol del bien y del mal, este arte lleva en sí mismo frutos de vida y muerte! ¡Las prensas arrojan igualmente los buenos que los malos libros; difunden igualmente ideas nobles y santas, que ideas infames y desorganizadoras! ¡Quizás sea un fruto de muerte ese vértigo periodístico que lleva la confusión y el desorden á todas las clases de la sociedad, vértigo que por fortuna no afligía á nuestros padres.

Julio César fué el primero que concibió la idea de la publicación de un periódico diario, en el cual estaban ocupados infinidad de copistas.

Las *actas diurnas* se publicaban en Roma todas las mañanas, y se componían de pequeñas hojas de papiro, adheridas las unas á las otras por medio de un cordón. Este pequeño diario contenía las noticias de la guerra, y hasta los sucesos privados del Imperio.

El primero de Abril de 1634, apareció en Francia el primer periódico de nuestra era, titulado la *Gazzeta*, nombre de un pájaro hablador, la urraca, llamado gazza por los italianos, cuyo idioma estaba muy en boga en la corte de Luis XIII, á causa de María de Médicis, su madre.

La *Gazzeta* salía una vez por semana, y su precio era excesivo. Constaba de ocho páginas, y se dividía en dos

partes, consagrada la primera á la política, y la segunda á varias noticias locales.

Este periódico alcanzó muchísimo éxito; pero pocos imitadores, tardando mas de veinte años en salir otro, titulado la *Gazzeta burlesca*, que estaba escrito en verso, y lleno de epigramas y anécdotas picantes.

En cuanto á nuestra España, el primer periódico fué el *Diario de Avisos*, publicado en Madrid en tiempo del rey Fernando VI, y que aunque con muchos intervalos ha llegado hasta nuestros dias.

Estas y otras dos publicaciones mas, formaban todo el movimiento periodístico en 1794, época en la cual empezó á desarrollarse con tanta rapidez, que hoy bien puede decirse que es un alubion que todo lo inunda y asola, porque en vez de obras buenas y escojidas, el artesano, el obrero, el campesino, no se saturan mas que con esas hojas volantes, destinadas á nacer y morir en un mismo dia, y en las que el escritor, apremiado por la urgencia del tiempo y la

presion de la idea que sostiene, ó se ve obligado á sostener, ni medita lo que dice, ni nada de lo que dice tiene la sancion de su conciencia.

Si las grandes bibliotecas son ahora menos necesarias que en los tiempos antiguos, porque las obras clásicas están al alcance de todas las fortunas, ¡cuán necesarias son en cambio las pequeñas bibliotecas, que deberian establecerse en cada villa, en cada aldea, si se quiere que el progreso moral é intelectual sea un hecho positivo. ¡Cuán necesario seria que hombres de fé se dedicasen á coleccionar tratados de instruccion, puestos al alcance del pueblo, manuales de artes y oficios que le fuesen útiles en su vida práctica y laboriosa, obras de moral y religion, escritas con claridad y sencillez, en donde el padre, el esposo, el ciudadano, aprendiese cuáles son sus deberes y cuál es la senda que debe seguir para alcanzar los beneficios que reportan al hombre la probidad, las virtudes y el trabajo!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

MARÍA.

BALEADA.

I.

¡Cuánto tiempo hace ya!

Oí contar su historia, y aquella historia vive en mi alma.

La sombra de María resbala por mi imaginacion y cruza ante mis ojos como una ráfaga de tristeza.

¡Pobre María!

Su nombre evoca siempre su imagen. ¡La he llamado, y parece que la tengo frente de mí!

Veinte años; la soledad; un amor sin esperanza; unas flores y una Virgen. Hé aquí la historia de María.

Amó, porque habia soñado el cielo; vivió sola, porque amaba mucho; besaba todos los dias sus flores, porque su alma era una flor tambien.

Nacen algunos seres en el mundo cuya vida es la de un arroyuelo que murmura corriendo rocas y desaparece en el mar; la de un ave que pasa y se pierde en el cielo; la de una estrella que brilla un momento y se esconde despues en esa bóveda azul, que es el manto de Dios.

Así nació María. Así vivió; así murió tambien.

¡Qué hermosa estaba con su sonrisa de ángel y sus trenzas rubias!

II.

La grilla del mar es el punto mas á propósito para que el alma de los amantes tienda sus olas al infinito.

El éxtasis empieza en el sueño y concluye en Dios.

Iban las olas, las olas iban y venian.

Los sueños de un ángel, los sueños de una mujer inocente, arrullados por la sonora música del mar, reproducen el cielo.

El amor se presiente. María amó cerca de las olas sin haber visto mas que olas y estrellas. En aquella soledad habia una voz; un canto; un alma para el alma de María.

María soñó con esa alma, y su sueño se realizó una tarde á orillas del mar.

—¡Cuánto te amo! murmuraba un hombre á sus pies.

¡Iban las olas; las olas iban y venian!.... ¡Había luna! ¡La luna y el amor! Hé aquí una escala que han hecho los ángeles para subir hasta ellos.

III.

—¡María!

—¿Te vas?

—¿A qué me lo recuerdas?

—¿Por qué te habré conocido tan tarde?

—Mi ausencia será corta, amor mío.

—El mar es un mónstruo. No te lances al mar. El abismo es horrible.

Mi casa me espera.

—¿Cuál es tu casa?

—¡El buque!

El que tenga corazon, adivinará el desenlace de este diálogo. El que haya amado una sola vez comprenderá el dolor de María.

El marino volaba á su playa. El ruido de la tripulacion al hacer el buque á la vela, resonó como un canto funeral en el alma de la desventurada niña.

¡Los primeros rayos de la cereana aurora iluminaron en los últimos límites del horizonte los puntos blanquecinos del mástil del navío!

Casi una sombra del buque, perdida en la inmensidad, desapareció á lo lejos, como el alma de una inmensa gaviota.

María rompió á llorar. Besó un ramillete de flores que estrechaba contra su corazón, y desapareció entre las rocas de la ribera.

IV.

Una pequeña aldea, vecina de las olas, era la residencia de María.

Su amante partió, y desde entonces el alma de María flotaba entre la mar y el cielo.

Muchas tardes, cuando el mar no rugía, cuando el sor-do rumor del abismo no resonaba por encima de las olas; cuando el piélago dormía con la tranquilidad de un lago, la enamorada niña se entregaba al devaneo dulcísimo de la esperanza.

—¡Qué bueno es el mar! decía. Si estuviera siempre así, ¡quién sabe si volvería otra vez á mis brazos!

Cuando la tormenta hervía en las nubes, y las olas se enfurecían, elevándose como montañas negras: *¡Mi amante ha muerto!* repetía, y la cólera de la tempestad parece que brotaba de lo más profundo de su corazón.

¡Pobre niña!

V.

Luna que brillas
De las orillas en las arenas,
Virgen del Valle,
Luz de mi aldea;
Reza, niña, á la Virgen hermosa,
Desde las rocas de la ribera.
Rézale mucho,
Que si le rezas,
Ella, que es madre
De la que es buena,
Cuidará con sus manos las flores
De tu inocencia.

Indudablemente, la historia de María inspiró á un gran poeta tan delicados versos.

María rezaba á los piés de una Virgen, á quien amó desde niña. Su amante no volvía.

La niña tampoco volvió á la orilla del mar.

¿Acaso no pueden encontrarse las almas mas que en el mundo?

Nadie ha vuelto á ver al marino. Nadie ha vuelto á ver á María.

¿Quién sabe si los dos se han encontrado en el cielo?

¡Veinte años; la soledad; un amor sin esperanza! ¡Unas flores y una Virgen! ¡Hé aquí la historia de María.

A. F. GRILO.

LA CUNA VACÍA.

I.

Bajaron los ángeles,
Cerraron sus ojos,
Y cantando á su oído dijeron:
Vente con nosotros.

Vió el niño á los ángeles
De su cuna en torno,
Y agitando sus manos les dijo:
Me voy con vosotros.

Batieron los ángeles
Sus alas de oro,
Suspendieron al niño en sus brazos
Y se fueron todos.

II.

De la aurora pálida
La luz fugitiva
Alumbró á la mañana siguiente
Su cuna vacía.

JOSÉ SELGAS.

LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

El matrimonio para muchos es una especulación. Matilde, noble y rica heredera, vióse aplaudida y obsequiada, de modo que ni Paulina ni Enriqueta oyeron mas lisonjas.

Estas hubieran dado al traste con su modesta y amable timidez, á no hallarse amaestrada por la desgracia por el ejemplo, y hasta por el escarmiento: la necia vanidad de Paulina era un aviso permanente; veíala puesta en ridículo á cada instante; hombres y mujeres se reían de sus pretensiones... Con los primeros mostrábase halagadora mientras la rendían homenaje, coqueta si la solicitaban y sarcástica en el momento que los veía dirigir á otra sus galanterías... Con las segundas era burlona, despreciativa y áspera como ella sola, de modo que ninguna quería ser amiga suya... y todas hubieran querido serlo de la modesta y afectuosa Enriqueta.

—Esa sí que me quiere desinteresadamente, decía Matilde recordando los favores y el desinterés de su amiga, que ni á bien ni á mal quiso admitir la cesión de unos bienes con que la brindaba Valency. Partid conmigo los consejos y el cariño á que tiene derecho vuestra hija, le había dicho la jóven rusa; en cuanto á los bienes de fortuna, me sobra con los de mis padres adoptivos. Matilde se divertía con el trato del mundo, pero gozaba mucho mas con el de las personas íntimas. Su padre, su amiga, sus tutores forma-

ban su mundo aparte. ¡Oh! ¡cuánto gozaba en ese pequeño mundo que se llama familia!

—En casa, decía, si me quieren es por mí misma; si me alaban es porque me quieren; pero en el mundo nadie me dice lo que siente; de buenas á primeras me dicen que soy amable, instruida, graciosa, y sobre todo, buena como un ángel... ¿Qué saben ellos? ¿Han indagado lo que pasa en el fondo de mi corazón? No por cierto. ¡Lo que han indagado y saben mejor que yo es el dote que tengo! Y sin embargo, lo primero, á mi ver, importa mas... La riqueza está espuesta á perderse como le ha sucedido á Enriqueta; gracias á sus bellas cualidades, Enriqueta es apreciada y querida de cuantos la conocen, al paso que si Paulina perdiera el dote y la hermosura, ¿qué le quedaria? Nada... El desprecio y la mofa, el abandono, y acaso el aborrecimiento. ¡Pobre Paulina! Pero ésta no se creía digna de lástima, todo al contrario, relase de su prima cuando llena de buen deseo la pedía que fuese mas amable.

—¡Amable! repetía la necia con acento incisivo, ese título se guarda para las feas. Yo no me veo en la necesidad de apelar á ese recurso para que los hombres hagan caso de mí. Las hermosas siempre son amables... amabilísimas, sin que se tomen el trabajo de serlo...

—Pues mira, con los extraños podrá ser, la decía Matilde, pero no es con ellos con quien se vive; tu madre, tus parientes, tus antiguos amigos, y hasta tus fieles servidores, tienen derecho á que te muestres con ellos mas cariñosa, y por tu propio interés debes hacerlo, si no quieres privarte de los goces de la familia.

—¡Vaya, déjate de sermonear, primita! replicábala entonces la coquetuela. ¡Y la familia! ¡Vaya un trato agradable! ¿Qué se ha de hablar con las personas de casa que ya no esté dicho?... Los antiguos amigos me importan un bledo... Cuando me case... cada día buscaré nuevos tertulianos... La gente conocida no me divierte... solo la tolero por lo mucho que temo quedarme sola... ¡La soledad me aburre!

—¡Desdichada la mujer que no cifra su ventura en el amor de la familia, decía Enriqueta, en los goces de la amistad, en los de la benevolencia! ¡Desdichada la que no sabe estar sola sin aburrirse! ¿Cómo lo pasará cuando llegue á vieja? ¡Pobre Paulina!

XXI.

Dos años habían transcurrido desde la vuelta de Valency, y grandes cambios habían tenido lugar en la familia... Aquella familia, poco antes la mas rica del país, hallábase reducida entonces á una modesta fortuna.

Mad. de Adhemar, en guerra declarada con los parientes de su marido, tenía que sostener una multitud de pleitos; la razón, ó por lo menos el derecho, estaba de su parte, pero su orgullo por un lado y las impertinencias de su hija por otro, habían exasperado á las partes contrarias y aburrido á los jueces de paz; en vez de venirse á buenas, empuñáronse las dos en llevarlo todo á punta de lanza, como suele decirse, y apenas salían de un litigio entraban en otro, dejando entre las garras de la justicia la mitad del importe de los bienes que se disputaban.

Valency, demasiado generoso para desentenderse de su hermana, fuéla suministrando poco á poco crecidas cantidades. Teníala cedido, como sabemos, la mitad de las haciendas de Montbrison; el castillo era una residencia de lujo y costaba mas el sostener los jardines y el parque de lo que producian las tierras, por lo tanto fuéle preciso resignarse á vender una casa demasadamente lujosa para el actual estado de su fortuna. La de su hermana vino tan á menos, que á no ser por Valency lo hubieran pasado muy mal ella y su hija... Su hija, que cada día odiaba mas á Matilde, cuyos favores no era capaz de agradecer.

La hermosa Paulina no podía llevar con resignacion que la fea de su prima se hubiera casado con un hombre distinguido en quien ella tenía puestas sus miras, pero á quien no pudo cautivar por causa de su mal carácter.

Matilde, feliz esposa y madre tierna, vió acrecentarse su dicha con un lazo que la unia mas estrechamente á Enriqueta. El hermano de su marido, sugeto muy apreciable y bien acomodado, pidióla por esposa. Enriqueta informóle de las circunstancias de su familia... Las cartas de sus amigos de Riga la dieron á conocer la desgracia de monsieur Bloun, que habia naufragado con su esposa en la navegacion de Inglaterra á los Estados-Unidos. El pretendiente á su mano ya lo sabia de sobra. Paulina se habia enterado de todo, y no quedó alma viviente en el pueblo á quien no dijera que la rusa era una pobre muchacha sin un cuarto de dote, á quien sus parientes y amigos mantenian por caridad. Uno de los informados fué su novio, y éste contestó á Paulina: la señorita de Valdbourg lleva un gran dote al matrimonio, su virtud, su talento, su hermosura y su excelente carácter. Estas palabras, y los preparativos que se hacian para la boda, pusieron á Paulina de un humor de mil diablos.

Los esposos Montreal no quisieron que su hija de adopcion se casara como una pobre; no solo la hicieron un equipaje muy decente, sino que por un acto formal la prohibaron, asegurándola una herencia no despreciable.

La envidiosa Paulina pataleaba de coraje, diciendo: ¡A mí nadie me quiere! Nadie me dá nada... Parece que se gozan en ver que cada día tengo menos... Pero yo les aseguro que me casaré, me casaré con un hombre rico, que pueda comprar el castillo de Montbrison, que mi madre y mi tío se ven obligados á vender, y cuando yo sea dueña y única señora de Montbrison me reiré de todos ellos...

Seis meses despues, se habia cumplido la predicción de Paulina; en efecto, se hallaba casada con un viejo valetudinario que fué á buscar la salud en las aguas de Mont-Dor, y perdió su libertad á vista de la hermosura de Paulina, que se hallaba en todo su apogeo. Esta no miró si era viejo ni si era raro... Sin reflexion, sin exámen, sacrificó su libre albedrío en las aras de la fortuna que ambicionaba.

El viejo compró el castillo. Este fué quizá el único deseo que cumplió á su esposa. Retiróse á vivir con ella en Montbrison, pero la señora y única dueña del castillo, vivía en él como una monja en su convento, con la diferencia de que la monja no tiene un marido despótico, exigente, celoso y maligno como lo era el suyo. Mr. Dabille á los quince dias de casado, vióse harto de aguantar á su mujer; no podía estimarla, y reconociéndola incapaz de correccion, tratóla

como á un niño mal criado á quien se castiga severamente, negándole cuantos gustos desea. Paulina rabió, lloró, y quejóse amargamente, pero su marido tenia los oídos de mercader. Probó despues á rebelarse, mas fuéla preciso bajar la cerviz; hasta entonces no habia sufrido mas yugo que el de Mad. Adhemar, y una madre, por mas que sea, siempre es madre, al paso que un marido suele muchas veces ser un tirano inflexible.

La rabia, el tédio, la comian en medio de un lujo inútil, porque no podia desplegarle á vista de los estraños... Falta de talento, de aficion al estudio, de amor al trabajo, de la resignacion que presta la virtud, de los goces que procura la beneficencia, no sabia en qué pasar el tiempo... ¿En adornarse?... Para qué, si no la veia mas que el vejedorio de su marido, y ese al verla muy compuesta, solia exclamar: ¡Valiérate mas lucir las prendas que adornan á tu prima y á su cuñada, que todos esos dijes y falfalares!

Para colmo de humillacion, obligábala, quieras ó no, á que fuese con él á visitarlas... Los dos hermanos Dalirg vivian con su suegro; aquella mansion era un Paraíso abreviado, los maridos se miraban en sus mujeres, y éstas en sus maridos; las dos cuñadas eran inseparables, los hijos de la una eran los hijos de la otra, el abuelo no sabia cuáles eran los preferidos.

Allí todo era contento, amor, felicidad y gratitud; la vista de aquellos séres tan unidos y tan dichosos, regocijaban el corazon, de modo que nunca se veia la casa sin amigos que acudiesen á tomar parte en sus alegrías, y hasta los estraños solicitaban ser presentados; por las noches, siempre tenian una tertulia formada de mayor número de amigos que de simples tertulianos.

En todo el país se les citaba con elogio: mil y mil ecos repetian sus alabanzas hasta en la casa de Paulina; diríase que se daban de ojo el amo y los criados para decir que Matilde no tenia precio, que hasta su figura interesaba estraordinariamente, por la bondad, el candor, la frescura y el contento que se pintaba en sus facciones.

Y entretanto Paulina, ni compasion alcanzaba; si alguna vez por capricho quizá, ó por un cálculo maligno, la llevaba su esposo á un punto de reunion, acojíanla todos con una esquivéz marcada; los hombres solian complimentar á Dabille acerca de la hermosura de su esposa, y él contestaba con mucha sorna... ¡Cierito! ¡es bella, muy bella! ¡Demasiado!... En casa no sabemos qué hacer con tanta hermosura...

Paulina, en tales casos hubiera querido que sus ojos tuvieran la propiedad que se atribuye á los del basilisco.

Su marido complaciase luego en remachar el clavo diciendo: ¿Conoceis á Matilde, su prima? ¡Qué mujer tan completa! ¡Esa sí que hace feliz á su marido! No se juzga una Vénus, pero es un ángel; ¡qué instruccion! ¡qué gobierno! y sobre todo, ¡qué bondad!... No es bonita, pero cuanto más se la ve, mas agrada, porque á lo feo pronto se acostumbra uno; á lo malo nunca.

La mujer hermosa y de mal carácter, decia otras veces, plagiando á un amigo suyo, viene á ser como un libro, que por defuera luce una preciosa encuadernacion, y por dentro está lleno de borrones...

Matilde, al contrario, se parece á esos libros que cuanto mas se leen mas agradan.

Estos epigramas herian doblemente á Paulina, porque á todos hacian sonreír: mil veces se juró á sí misma huir de un mundo que la heria en su vanidad, y mil veces esta misma vanidad la impelia fuertemente á quebrantar sus juramentos, esponiéndose á nuevos desaires.

(Se concluirá.)

MICAELA DE SILVA.

Á MI HIJA MATILDE.

Suave es el aura que riza
La superficie del lago;
Pero mas suave es tu halago,
Hija de mi corazon.

Hermosa es la flor que crece
A la sombra de la palma;
Pero mas bella tu alma
De la inocencia mansion.

Mientras juegas, ángel mio,
Velo yo tus movimientos.
¡Cuántos dulces sentimientos
Me figuro adivinar

En tu sonrisa graciosa,
En las miradas tranquilas
De tus azules pupilas
Y en tu balbuciente hablar!

Goza los dias risueños
De la infancia candorosa,
Tierno capullo de rosa,
Mientras duerme el aquilón.

Discorre con otros niños
Sobre la florida alfombra,
Protegidos por la sombra
Del irondoso pabellon.

La Virgen te cubra, hija,
Con su manto de jazmines,
Los alados querubines
Velen tu sueño de paz.

Y del Dios de las bondades
Inmolado en el Calvario,
Sea tu pecho santuario
Cuando llegues á otra edad.

EMILIA MIJARES DE REAL.

LABORES.

Es tal la costumbre de viajar, lo mismo las familias ricas que las medianamente acomodadas, que un objeto de viaje que pueda ser ejecutado en la casa, evitando en parte el coste excesivo que en los almacenes pueda tener, será de seguro un objeto perfectamente recibido en la presente estación. En este caso se encuentra el modelo núm. 1 de nuestro grabado de Labores, que representa un *saco de viaje* elegante y cómodo.

Necesítase para ejecutarle piel á propósito, color castaña, cordoncillo de igual color de tono mas claro y mas oscuro, cuentas de mostacilla gruesa, negra, y torzal del tono mas claro.

Se pasa el dibujo, que consiste en cuatro dobles líneas entrelazadas á la piel, dándole mayor tamaño, siguiendo todos los contornos con cordón de los dos tonos, cosido á la piel á *punto de lado*, con seda de igual color, y separado uno de otro por espacio igual al que ocupan; otros dos van cosidos á cierta distancia siguiendo la misma forma, y en el centro de los cuatro va de trecho en trecho una cuenta negra. Los redondos, que van además sueltos, se bordan al pasado con torzal, y despues de bordadas ambas caras se manda montar al guarnicionero, quien devolverá con el bordado una prenda de gran uso y reconocida utilidad; escusado parece advertir que, reduciendo su tamaño, puede ejecutarse con este dibujo un cabás para la labor, y hasta un porta-monedas, si se copia en el tamaño pequeño que nuestro grabado le presenta. Estas son razones que recomiendan aun mas nuestro modelo.

El segundo objeto es un *calado de crochet* sencillo y fácil, á propósito para ser ejecutado con lana sencilla, para toquillas y echarpes destinados á abrigar la cabeza por las noches en la ciudad y por las tardes en el campo; se ejecuta de un solo color, ó de dos á tiras, del modo siguiente:

Se hace una cadeneta de la estension que se quiere dar al echarpe.

1.^a *Vuelta*. 1 bar. en el sexto punto, 2 ps., 1 bar. en el mismo de la ant., *1 bar., dejando tres por medio de la cadeneta primera, 2 ps., 1 bar. en el mismo, 2 ps. s., 1 bar. en el mismo, * y se repite de señal á señal toda la vuelta.

Se vuelve la labor: 4 ps. s., 1 bar. entre las dos juntas de la vuelta ant., *2 ps. s., 1 bar. en el mismo que la otra, 2 ps., 1 bar. en el mismo, 1 bar. entre las dos juntas siguientes, * se repite.

Alternando estas dos vueltas, se obtiene el fondo del echarpe, que puede guarnecerse de una puntilla, de crochet tambien, de cualquiera de los dibujos que ya tienen recibidos nuestras lectoras: la forma de estos echarpes es generalmente un cuadro que se cruza en pañuelo, echando una punta por la cabeza y dejando las otras por los hombros; el estambre debe ser del que llaman francés ó catalan, y de ningun modo merino, porque resultaría el tejido poco suelto y vaporoso.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 823.

FIG. 1.^a TRAJE DE CASA.—*Falda*, de tisú Méjico color de habana, adornada en el bajo por un volante con bullon encima, orillado éste por dos bieses de tafetan grana.

Cuerpo, de muselina, fruncido en el talle, con encajes en el bajo de la manga.

Chaquetilla-figara, sin mangas, de cachemir grana, adornada alrededor y en el hombro con encajes blancos.

Peinado, de bandós rizados, con barba de tul blanco, orillada de un ruche, colócala encima del peinado con las puntas flotantes y grupos de rosas thé.

FIG. 2.^a TRAJE DE CAMPO.—*Vestido*, de gasa Chamberí moteada, de doble falda, y adornada de bieses azules, rosetas y fleco de paja.

La primera falda, nesgada y de gran cola, lleva en el bajo un biés de seda azul, y á cada lado de las costuras tres rosetas de paja en línea perpendicular: igual adorno se re-

pite en la sobre-falda, terminando ésta además un fleco de madroños de paja. *Cuerpo-cinturon* con pico por delante y por detrás, guarnecido de biés y fleco en la parte superior, con cinta azul, anudada al talle por detrás con caidas flotantes. *Camiseta-cuerpo* de muselina blanca á tablitas, con corbata y hombreras azules guarnecidas de fleco.

Sombrero de paja del Senegal, forma *Dubarri* con ala recta, y copa rodeada de una corona de miosotis y enredadera.



Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14



1



2

